ASOCIACIÓN ARAGONESA DE ESCRITORES

Dossier 6. **REVISTA IMAN**

COLOMBIA S.XXI

Guillermo Molina · Gonzalo Mallarino · Yessica Chiquillo · Robert Max

Camila Charry · Juan Manuel Roca · Catalina González · Ramón Cote · Amparo Osorio

Flóbert Zapata · Gabriela A. Arciniegas · Gonzalo Márquez · Luz Mary Giraldo

Samuel Vásquez · Tania Ganitsky · Santiago Espinosa · María Paz Guerrero

DOSSIER *IMÁN*, Nº 6
COLOMBIA S. XXI

Editado por *IMÁN*
ISSN: 2255-145X
Publicado por la Asociación Aragonesa de Escritores
Dirección: Ricardo Díez Pellejero
Maquetación y diseño de edición: Carlos Bozalongo
Diseño de Portada: Estudio DosManos (estudiodosmanos@gmail.com)

Sugerencias y contacto: colectivoespoleta@gmail.com

DOSSIER 6

COLOMBIA S. XXI

Editorial
5

Prólogo de Guillermo Molina Morales
Literatura colombiana actual: los muros y las calles
7

NARRATIVA

Gonzalo Mallarino Flórez
15

Yessica Chiquillo Vilardi
19

Robert Max Steenkist
25

POESÍA

Camila Charry Noriega
39

Juan Manuel Roca
43

Catalina González Restrepo
47

Ramón Cote Baraibar
51

Amparo Osorio
55

Flóbert Zapata Arias
59

Gabriela A. Arciniegas
63

Gonzalo Márquez Cristo
67

Luz Mary Giraldo
71

Samuel Vásquez
75

Tania Ganitsky
79

Santiago Espinosa
83

María Paz Guerrero
89

Créditos fotográficos
94

Editorial

Después de haber dedicado nuestros dosieres a México, Uruguay, Aragón (uno general a su cultura y otro a sus jóvenes poetas), Bulgaria y a la figura de Fernando Aínsa, queríamos volver a nuestra vecina América. Vecina por la evidente proximidad que nos otorga la lengua a través de la que se vinculan nuestras culturas, así como por la imbricación de nuestros caminos y la mirada que sostenemos, especular y mágica, de uno a otro lado del Atlántico.

Para ello, nos hemos fijado en Colombia, un país que desde aquí sentimos muy ligado a la literatura —en especial a la poesía—, al que hemos querido observar con amplitud y cuidado. Vaya por delante que no se trata de hacer una antología canónica ni un mapa con coordenadas claras e inviolables. Como siempre, en la revista *IMÁN* tratamos de acercarnos a otras literaturas en forma de collage: tratando de sumar una serie de instantáneas, una seria de retratos literarios, que puedan ofrecer a nuestros lectores una visión con la que componerse una cierta idea del estado, mejor, del pálpito literario que se está viviendo. Para ello, como siempre, combinamos las presencias de autores consagradísimos con las de jóvenes valores, algunos en vías de consolidación como referentes, otros ya bien conocidos y algunos iniciando una interesantísima andadura por la palabra.

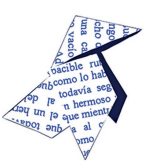
No se trata, por tanto, de una antología pergeñada con criterios académicos sino vitales. Hemos querido trasladar las lecturas al alcance de los colombianos del siglo XXI a nuestros lectores, para que tengan acceso a textos que —en la mayor parte de las ocasiones— no cruzan el charco o, si lo hacen, no llegan con facilidad al alcance de su mano.

Los textos que os hacemos llegar en este dosier, de una calidad y un interés incuestionables, no habrían podido integrarse en él sin la gene-

rosidad y el apoyo de todos los autores que se han brindado a sumarse. Queremos pedir perdón a quienes, finalmente, no hemos podido incluir por razones de espacio, que no de calidad y, sobre todo, queremos agradecer a Mateo Cardona Vallejo su colaboración para contactar con muchos de los autores incluidos en nuestro suplemento; a Guillermo Molina Morales por el fabuloso trabajo introduciendo los textos y ubicando convenientemente al lector frente a ellos; a Alfredo Saldaña Sagredo por su consejo y buen criterio; a Carlos González Sanz por su complicidad y trabajo, sin el que este dosier no vería la luz, y al Estudio DosManos (estudiodosmanos@gmail.com) por el diseño de las portadas de esta colección de dosieres.

Esperamos que sea de vuestro interés y que disfrutéis de su lectura tanto como nosotros lo hemos hecho poniéndonos al día del magnífico estado de salud de la literatura colombiana.

Ricardo Díez Pellejero
Director de la revista *IMÁN*, poeta y
crítico literario en el diario *Heraldo de Aragón*



Literatura colombiana actual: los muros y las calles

Guillermo Molina Morales*

Colombia. No evitaremos lo evidente. Todo extranjero piensa primero en palabras como "narcotráfico", "guerrilla" o "paramilitares" (también, por suerte, en el reciente acuerdo de paz entre el gobierno y las FARC). Dentro del país, estas realidades están muy presentes, aunque en distinto grado según se viva, o no, en zonas directamente afectadas por la violencia. En todas las regiones, sin embargo, se sufre el mismo problema de desigualdad social: Colombia es uno de los países más desiguales de todo el mundo según el índice Gini. Este hecho genera una violencia estructural muy marcada, y tiene también fuertes repercusiones en la literatura. Las muy diferentes posibilidades para acceder a una educación de calidad dificultan la democratización de nuestro campo. Es posible que el Festival de Medellín tenga miles de asistentes, pero son las cifras de un espectáculo. Si pensamos en quiénes escriben en Colombia, es sencillo constatar que la mayoría de poetas han estudiado en colegios y universidades privadas donde se conforma una élite cultural endogámica. Incluso persisten "dinastías" familiares de poetas. Falta una clase media numerosa, activa y heterogénea de donde puedan surgir nuevas visiones de mundo.

La producción literaria nacional, por lo tanto, difícilmente refleja la diversidad del país. Tengamos en cuenta que se trata de una nación con más de 70 lenguas, la mayoría de ellas indígenas. Además del componente indígena, es muy importante el africano, que configura una identidad propia (explorada en la llamada "literatura afrocolombiana"). Por otro lado, en Colombia existen tres grandes zonas muy diferentes entre sí: la andina (donde se ubican las grandes ciudades

*Nacido en Zaragoza (España) en 1983. Doctor en Teoría de la Literatura por la Universidad de Zaragoza. Desde el año 2014, vive en Bogotá. Trabaja como docente e investigador en la maestría "Literatura y cultura" del Instituto Caro y Cuervo. En la actualidad dirige un proyecto de investigación, "Poesía en movimiento", dedicado a la poesía colombiana actual.
Guillermo.Molina@caroycuervo.gov.co

de Bogotá y Medellín), las dos costas (caribeña y pacífica) y la región amazónica. Es notable el esfuerzo de las instituciones y de los propios escritores para lograr una literatura más inclusiva, sobre todo a partir de la Constitución de 1991, pero solo podremos hablar de "parches" (en el doble sentido, panhispánico y colombiano) hasta que exista una verdadera educación pública y universal de calidad.

Ahora bien, ¿qué se sabe de la literatura colombiana fuera de Colombia? El primer nombre que se viene a la mente es, lógicamente, el premio Nobel Gabriel García Márquez (1927-2014). Quizás seguirían, en cuanto a novelistas, las figuras de Álvaro Mutis (1923-2013), Fernando Vallejo (1942) y Laura Restrepo (1950). Respecto a la poesía, y limitándonos a los clásicos contemporáneos (nacidos en la primera mitad del siglo XX), resulta chocante lo poco conocido que es Aurelio Arturo (1906-1974) fuera de Colombia: dentro del país, ha sustituido a José Asunción Silva como poeta nacional, lo que ha favorecido la permanencia de un ritmo unitario en la poesía. Sí se conocen, al menos en España, grandes poetas como José Manuel Arango (1937-2002), Giovanni Quessep (1939), María Mercedes Carranza (1945-2003) y Juan Manuel Roca (1946), recogido en el presente dosier. Se trata de un "canon" que, sin lugar a dudas, abarca obras que merecen ser leídas.

La selección realizada por la revista *Imán*, que tengo el gusto de presentar, recoge autores posteriores, en plena actividad creadora, algunos ya consolidados (como el ya citado Roca) y otros emergentes (hasta cinco escritores han nacido después de 1980). Estos nombres, por lo general, son reconocidos en Colombia, pero posiblemente serán nuevos descubrimientos para el lector foráneo. Esta es, de hecho, una de las funciones que tienen los dosieres internacionales de nuestra revista: crear puentes entre países que, al fin de cuentas, forman parte de una misma tradición.

Quisiera destacar el hecho de que los poetas que escriben en español son miembros de una sola patria literaria, que las fronteras nacionales no tienen mucho sentido, menos todavía con el desarrollo de las TIC. Con todo, es necesario resaltar que en Colombia se enfatiza mucho "lo propio", y esto suscita una suerte de profecía auto-cumplida: los nuevos poetas tienden a reproducir los mismos

modelos (no es difícil identificar, por ejemplo, cohortes de escritores que escriben a la manera de algún poeta local prestigioso). La limitación nacionalista, junto a las dificultades para democratizar el acceso a la escritura y la ausencia de una crítica poética rigurosa, suscita una cierta sensación de homogeneidad e inmovilismo.

Estos son algunos muros que ayudan a explicar el carácter conservador de la poesía colombiana. Se trata de un estigma que se remonta al siglo XIX, cuando la élite de la "Atenas sudamericana" (Bogotá) pretendía justificarse a sí misma a través de versos que tenían más relación con la gramática que con la poesía. Es curioso, por ejemplo, el gran número de poetas-gramáticos que llegaron a la presidencia del país. Ya en referencia al siglo XX, críticos como Juan Gustavo Cobo Borda han hablado de una "tradición de la pobreza", lo cual, evidentemente, no suele gustar a los protagonistas de esa pobreza. Carlos Patiño Millán añade que "debido a esa pobreza, lo que se hace es pobre y deja ver el remiendo". Eduardo García Aguilar, por su parte, opina que la colombiana es "una poesía pasmada, abortada, rezagada, comiéndose las uñas, modosita, sin grandes ambiciones, bien portada". Hace poco encontré, en un ejemplar de 2008 de la editorial mexicana *El billar de Lucrecia*, el anuncio de una antología de poetas que "destrozarán el cuello al último idiota que siga pensando que en Colombia solo hay poesía de decente costura y confección". La antología no llegó a publicarse, y nuestro cuello sigue intacto.

No creo que la poesía colombiana se defina con la expresión "costura y confección", pero considero que ha tendido más al orden que a la aventura, que ha buscado una "dorada medianía". La popularidad, todavía hoy, de un movimiento como el "nadaísmo" (una vanguardia de los años cincuenta que llegó con décadas de retraso), muestra la facilidad del escándalo infantil en una sociedad conservadora. La otra cara del escándalo es el paternalismo con el que, de vez en cuando, se invita a sujetos exóticos a la fiesta de la élite. El carácter conservador, hoy en día, no está definido por la gramática o la métrica, pero sí por una mirada lírica y solemne que anhela la trascendencia y se recrea en la nostalgia, con prevalencia de una musicalidad melodiosa y de una imaginería abstracta ("silencio", "sombra", "nada", "ausencia", "cenizas", etc.). En este sentido, han sido minoritarias (aunque siempre presentes) las exploraciones en la disonan-

cia, el lenguaje coloquial, la cultura popular, el humor o el verdadero cuestionamiento sociopolítico (que no es igual a usar el nombre de una masacre para un gorgorito lírico).

El objetivo de los párrafos que siguen es ofrecer algunas claves que ayuden a contextualizar y entender las obras seleccionadas. No pretendo, en todo caso, establecer un panorama absoluto de la literatura colombiana actual, sino centrarme en posibilidades de lectura que sugieren los textos. La primera mitad de este prólogo se centró en los muros: veamos ahora las calles, los valiosos senderos que abren nuestros poetas a pesar de todas las dificultades. Para ello, usaré algunos nombres del callejero popular bogotano, que persiste de manera fantasmagórica en las actuales calles nombradas con números.

Se dice que la calle del Pecado Mortal toma su nombre de una figura espectral que caminaba a altas horas de la noche con una linterna y una campanilla recordando a los enfermos del alma. Los poetas que la habitan utilizan sus versos para recordarnos las enfermedades del país y, muy en especial, las violencias. Así lo viene haciendo desde hace décadas Juan Manuel Roca (1946), quien también tiene un rol importante como antólogo y comentarista de esta vertiente poética. En los autores más jóvenes también se percibe un interés en reflexionar sobre los conflictos de la historia reciente. Los poemas de Gabriela Arciniegas (1975) se articulan desde un lenguaje y un imaginario mítico que atraviesa con rabia un territorio desolado. Camila Charry (1979) ha recreado escenarios de guerra con una mirada contenida e incisiva. También los poemas enfocados "cuerpo adentro" logran un difícil equilibrio entre la reflexión y el "dolor humano en lo humano".

En la calle del Divorcio encontramos dos poetas que vivencian la ruptura entre la memoria y la desesperanza. Luz Mary Giraldo (1950) y Amparo Osorio (1951) construyen sujetos poéticos en pleno desgarro interior, un desgarro casi palpable en su corporeidad ("este dolor de huesos rotos"). Su poesía busca algún tipo de catarsis que permita sobrellevar la vida en la intemperie. "Mi sueño es no escribir sobre lo mismo / sino encontrar tu plato lleno", nos dice Giraldo con una impactante honestidad.

La calle de las Culebras debe su nombre a la pasada existencia de riachuelos con serpientes que llegaban a introducirse en los hogares. Al hogar de Samuel Vásquez (1949) llega la serpiente de la contradicción, con una poesía que teje y desteje los significados sin encontrar un asidero firme. Flóbert Zapata (1958) es un cazador de serpientes, sus poemas actúan como golpes precisos y contundentes que continúan resonando en nuestro interior: "Al mirarla comenzaría a arder". Para Gonzalo Márquez Cristo (1963-2016), el poema es una culebra que viene de remotos lugares míticos y parece alejarse hacia los reinos del delirio: "Cuando se interrumpe el tiempo alguien decide nacer".

En la calle de la Cajita de Agua existía una fuente comunitaria donde podían surtirse los habitantes de la zona. Ramón Cote (1963) y Santiago Espinosa (1985) acuden a la fuente de lo cotidiano para resignificar con su mirada elementos como unas monedas olvidadas en un bolsillo, una revista de farándula o los ojos de nuestras abuelas: "mujeres despiertas como aves o candiles, / inventando desde sus pasos el rumor y los días", escribe Espinosa. La reflexión sobre el paso del tiempo es, de hecho, una problemática esencial para nuestros dos poetas.

En la calle de las Brujas habitan algunas de las poetas más recientes, que han decidido trabajar en el lenguaje para encontrar el conjuro que nos abra las puertas a una realidad más densa y enigmática (es necesario, en este punto, recordar que las tres poetas, junto a otras de gran valor, se encuentran en la antología *Pájaros de sombra*). Catalina González Restrepo (1976) logra una mirada ajena sobre lo cotidiano a través de la yuxtaposición de fragmentos parcialmente disonantes. En varios momentos se produce una escisión entre lo material y lo imaginado: "El único contacto con la realidad / era la bandeja con comida". Por su parte, las dos poetas más jóvenes tienen en común el haber publicado en 2018 sendos libros que causaron un impacto en nuestras fronteras. María Paz Guerrero (1982), con *Dios también es una perra*, desde el título nos sumerge en una tensión entre lo sublime y lo corpóreo. ¿Cómo pensar con el cuerpo?, ¿cómo desafiar la lógica cartesiana desde el Tercer Mundo?, ¿cómo romper la idea desde la carencia?, son algunas de las cuestiones hacia las que se dirige el citado libro. *Desastre lento*, de Tania Ganitsky (1986), comienza con un verso poderoso: "El mundo va a acabarse antes que la poesía". De hecho, el libro se sitúa en un

paisaje post-apocalítico en el cual las palabras intentan atisbar, iluminar por un instante, lo perdido. Es admirable cómo Ganitsky logra la sugerencia desde un lenguaje preciso y contenido.

Dediquemos al menos un párrafo a presentar a los narradores. Gonzalo Mallarino (1958) es el decano de esta pequeña selección. El fragmento elegido muestra una minuciosidad en las descripciones y un ritmo tan marcado que nos hace pensar en la poesía. Se trata, de hecho, de una canción, de la *Canción de dos mujeres*. Robert Max Steenkist (1982), que también escribe poesía, nos ofrece un cuento que comienza en una escena intimista, familiar, y acaba tomando sorprendentes senderos de terror y alegoría emocional. El misterio también se asoma a la prosa de Yessica Chiquillo (1993), en este caso con protagonismo de las creencias populares. La creación de atmósferas donde cualquier cosa podría suceder es una de las principales habilidades de la escritora.

Cerramos aquí el prólogo para abrir la invitación a realizar el viaje literario que nos propone la revista *Imán* a través de esta valiosa selección de literatura colombiana actual. Disfrútenla: más allá de realismos mágicos y de realismos trágicos, todavía hay mucho que conocer en Colombia.

NARRATIVA

§

Gonzalo Mallarino Flórez

Bogotá, 1958. Poeta y narrador. Estudió Administración de Empresas en la Universidad Externado de Colombia y un Máster en Economía de la Universidad de los Andes.

Hasta 1998 trabajó en el mundo empresarial, concretamente en el sector financiero, en donde dirigió varias compañías.

Tiene seis libros de poemas publicados y como narrador se dio a conocer principalmente por sus novelas que conforman la *Trilogía de Bogotá*: *Según la costumbre* (Alfaguara, 2003), *Delante de ellas* (Alfaguara, 2005) y *Los otros y Adelaida* (Alfaguara, 2006). También es autor de las novelas *Santa Rita* (Alfaguara, 2009) y *La intriga del Lapislázuli* (Norma, 2011). Es colaborador habitual de diversas revistas y periódicos en Colombia y sus textos han sido incluidos en múltiples antologías. Entre 1998 y 2012 fue el director cultural del Gimnasio Moderno, en Bogotá.

Capítulo 11 de *Canción de dos Mujeres* (Alfaguara, 2016)

11.

... cómo quisiera alguna vez
acariciarte con mis brazos desnudos,
tú estarías en éxtasis si te permitiera
recostar tu cabeza sobre mis senos...

Qué bonito escribía la Condesa de Die.

Yo fui la primera mujer que tú besaste. Tú no habías estado con nadie antes. Yo tampoco a pesar de ese muchacho con el que me acosté una vez. Yo no tenía ninguna experiencia y ya casi tenía treinta años.

Tú eras preciosa. Eras un poquito más alta que yo y más delgada, creo que eso ya lo dije. Tenías el pelo liso, muy negro, largo, pluvial como diría García Márquez. Y tu cintura era pequeña, yo casi cubría todo tu estómago poniendo mis manos extendidas. Tus caderas eran anchas, los huesos eran anchos, cuando estabas boca abajo te extendías, te ampliabas, te veías más grande. Menos infantil. Eso me gustó tanto. Que un cuerpo, que tu cuerpo tendido fuera otro, distinto al cuerpo delgadito de cuando caminabas o estabas de pie, como cuando vigilabas las salas del museo.

Como si las ganas, los besos, el calor, lo volvieran otro cuerpo. Mayor, anterior, que ya no era solo tuyo sino de muchas mujeres que se sumaban y se eslabonaban una a la otra, continuamente. Hasta llegar al tiempo presente de tu cuerpo al lado del mío.

Yo, en cambio, era más fuerte que tú, los muslos más gruesos, las nalgas, el busto más grande. Y era muy blanca, tenía algunas pecas, en la nariz, en los pómulos, y muchas en la espalda. Seguro te acuerdas. Tenía el pelo un poco castaño, no tan negro como el tuyo, y mucho, muy lleno, en verdad muy bonito,

pero no largo como el tuyo, no pluvial para usar otra vez la pala. Cómo te quise. Cómo me gustabas.

—¿Te acuerdas de Horacio y la Maga?

Rayuela, tan bonita esa novela. Yo tratando como una loca de traducirte eso para que sintieras, para que te acercaras a sentir en castellano cómo era mi dicha de quererte y de besarte. Como en el capítulo siete de *Rayuela*.

No existe un capítulo siete de los besos de dos mujeres. Nadie ha escrito eso. Siempre son besos de un hombre y una mujer. Y lo mismo en el cine. Y en la pintura. En todo. Alguien debería cantar, rimar, pintar los besos de las mujeres. Yo creo que todas las mujeres se besan de una manera nueva. De las dos mujeres que están ahí. Tienen que inventar cada vez los besos. Son como inexistentes para todos. Nadie sabe cómo son. Nadie quiere saber. No existen. No se ven. En la cultura, en la familia, en la universidad, en la calle, no se ven. No valen. No pueden ser ni siquiera imaginados.

Es muy raro, Ana. Los besos y los labios y la saliva de las mujeres son muy misteriosos. Y son muy puros, no están degradados como los besos de los hombres. Además, siempre con la cosa de la virilidad tan presente, tan preponderante, tan aburrida. Esa cosa tan lamentable de la potencia sexual de los hombres que parece haber moldeado todo. Todo el mundo, toda la historia. Pero dos mujeres, dos mujeres solas, así tomadas de una en una como diría José Agustín Goytisolo. O de pronto era Blas de Otero, quién sabe. No me acuerdo. Pero lo cantaba Paco Ibáñez.

—¿Te acuerdas de Paco Ibáñez?

Yo logré que mi papá me mandara de Bogotá mis discos de él. Y te los puse en una radiolita. Y trataba de traducirte. Qué tremendo músico. Ese deja cinco o seis melodías de una belleza inmensa, inmortales. Nunca van a desaparecer, por lo bellas y esenciales y simples que son. Qué tremendo músico. Sigo sin parar, Ana, no puedo parar de hablar. Ya no sé nada. Me da angustia que se me olvide todo. Estoy rendida, estoy como mareada.

18

—Casi no tengo hambre ya, ¿sabes?

Como muy poco. Mira cómo tengo las piernas, mira, espérame me descubro un poco para que veas. Mira, me voy a levantar un poco este camisón para que veas mis piernas que eran tan fuertes, los muslos, las pantorrillas. Mira ahora cómo están, tan delgaditas, tan livianitas, casi nada, dos palitos, de piel blanca, delgaditas. Y mira el estómago, y aquí donde empiezan las costillas y el esternón, ven, pon tu mano aquí, en el estómago, siente cómo estoy de caliente porque siempre estoy acostada, porque estoy siempre enferma. Ven, pon tu mano, siente el miedo tan tremendo que tengo de morirme.

Ven, corazón, tócame un poco que sólo tú sabías, sólo tú entendías cómo era, porque podías demorarte, ir despacito, poco a poco, hasta que me hacías temblar y casi llorar de la dicha. Ven, tócame un poco, un instante, te lo ruego, ahora que tengo un poco de ganas, yo no sé por qué, tantas ganas, después de tanto tiempo, casi un año, aquí entre esta cama. Imagínate, quién va a tener ganas, y sobre todo, a quién más podría yo decirle esto, pedirle esto, rogarle por un poco de esto para volverme a acordar de lo delicioso que era, y de cuánto te quería y me gustabas, ven, mi amor, te lo ruego, tócame un poco que me muero de cansancio pronto y ya no voy a poder sentir, tócame, antes de que me muera de verdad y ya sea muy tarde…

…. ya, ya, ya pasó, ya me desvanecí, ya me morí, tengo ganas de llorar, voy a llorar de la dicha, ay, Ana, qué felicidad, no me dejes llorar ahora, ahora no, abrázame, déjame cierro los ojos mejor, déjame vuelvo a respirar, quedé como ida, hacía tanto de esto, ya déjame, se me vino todo el mundo encima, me morí, Ana, ya no puedo ni abrir los ojos...

Yessica Chiquillo Vilardi

Barrancabermeja, 1993. Es autora de *Libro de hallazgos* (2019, Animal Extinto Editorial), el diario ficcional de una bibliotecaria. Candidata a Magíster en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia y Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Desde el 2016 labora como docente universitaria. Se especializa en el estudio de narrativa latinoamericana del siglo XX y XXI. Ha colaborado con artículos y reseñas en revistas literarias y participado en proyectos de promoción de lectura con público infantil y juvenil. Tiene un diario de lecturas que registra en su blog ***Bitácora de hallazgos*** (https://bitacoradehallazgos.tumblr.com/). Ha encontrado en los libros un medio para comprenderse mejor y repensar la manera como se relaciona con el mundo.

Remedio contra el mal de amores

Huitzquilitl. Tlatlancuaye: Remedio contra la sangre negra. Se cuecen en agua las ramas y raíces molidas de las hierbas cuahtlahuitzquilitl y tlatlancuaye; se les agrega perla, hígado de lobo y pulque. Debe beber ese líquido así preparado. Separadamente ha de beber antes de la comida el jugo exprimido de diversas flores que huelen bien, ha de andar en lugar sombreado, y se ha de abstener de trato carnal. Beberá muy moderadamente el pulque y mejor no lo beba, si no es como medicina. Dedíquese a cosas alegres, como es el canto, la música, el tocar los instrumentos con que acostumbramos acompañar nuestras danzas públicas.

Libellus de medicinalibus indorum herbis, Martín de la Cruz.

—Lo que él tiene es la sangre negra. Limpiarla no es tarea fácil, pero tampoco imposible.

Sus primas no dudaron en llamarlo un 23 de diciembre. Requerían de su consejo de manera urgente, antes de que el desespero consumiera a Pedro por no estar con su antigua mujer. La menor fue anotando en el envés de una factura el paso a paso, a modo de una receta culinaria. Ayunar durante una semana. No consumir bebidas alcohólicas. Cada vez que se despertara a las tres de la mañana, abrumado por el recuerdo de aquella mujer, bañarse con romero, sal marina, treinta limones partidos en cruz y luego rezar un salmo antes de volver a la cama. También era necesario lavar toda la ropa y asear con escrúpulo la habitación. Ahora no se encontraba solo para combatir los amarres y la desorientación que le causaba la interrupción de un mal hábito. No era la primera vez que regresaba a la casa cabizbajo, con el corazón herido. Ya le había manifestado a amigos y familiares su resolución de no volver a caer. Nada nuevo. Por eso ahora otras voluntades tenían que interferir.

La llamada fue muy concisa. Cada palabra cargaba con su propio peso. No hubo necesidad de explayarse en el recuento de los años perdidos al lado de ella. Él ya conocía su historia y sabía de antemano quiénes eran los responsables. Porque

detrás de aquella mujer insolente había una familia entera deseosa de exprimir sus ganancias y servirle de coartada las veces que fuera necesario.

—¿Sangre negra?
—Sí, es un modo de decir, como un veneno que se cuece por dentro.

Imaginó sus arterias ennegrecidas, transportando una carga maligna que le consumía el corazón. A lo mejor se trataba de una sustancia invisible, como un tipo de artificio para ocultar sus verdaderas intenciones. Pensaba también en la manera como lo convencerían para que aceptara bañarse con sal marina, limón y romero. "Para las malas energías, primo", le diría después. Las otras instrucciones parecían más fáciles de ejecutar, puesto que nunca desayunaba, y unas pastillas para la purga conllevarían a la abstinencia de bebidas alcohólicas. "Porque si usted no se cuida, nadie más lo va a hacer".

—¿Y sí es efectivo?
—Recemos para que así sea.

En adelante empezaron a verlo con mayor cautela. Aunque nunca pudieron cerciorarse de sus desvelos nocturnos, lo sorprendieron varias mañanas con unas ojeras profundas que delataban su lucha interna. A la semana, su semblante se había suavizado un poco, al punto de dejarle asomar una sonrisa en el rostro. Una de sus primas lo alcanzó a ver de reojo mientras él se miraba detenidamente frente al espejo del baño, como quien no creía la cosa. Al principio él sintió temor, pero luego las tardes le parecieron más tranquilas sin tener que perseguir el rastro de aquella mujer, antes de que alguien más se le adelantara. Era de esperar que, ante la ausencia y las evasivas, la pantalla de su teléfono estuviera plagada de llamadas perdidas; sin embargo, él no cedía. Ahora lo abrumaba este nuevo fenómeno de no pensar en ella. Un mundo desconocido empezaba a abrirse a su paso.

Una tarde de enero concluyó que ya era momento de salir al cine a aceptar su soledad. No obstante, aquella afirmación de su estado no le quitaba lo precavido al ejecutar cada uno de sus movimientos, como si pisara a tientas antes de que sus pies se hundieran en un oscuro pantano. De regreso, lo vieron enérgico al

caminar. El celular empezó a vibrar en su bolsillo. Atravesó el pasillo y se encerró en el baño. Al otro lado de la línea, la voz de otra mujer le respondía.

Contemplación del fuego

Ante la idea de la casa encandilada, los ramalazos de fuego sacudiendo las paredes, solo deseó que ninguno de sus hijos estuviera allí dentro. Entonces no importaba, al fin y al cabo, cuál de ellos había encendido la primera chispa. Es difícil culparlos, sobre todo cuando están tan pequeños.

A falta de cielorraso, el único escondrijo donde cabían las cajas con los rezagos de la navidad era debajo de la cama matrimonial. Al alcance de cualquiera que todavía disfrutara los placeres de vivir en el suelo. Y allí estaban dos de sus hijos. Solos y ansiosos por jugar con los santos del pesebre. Porque a los santos se les prenden velas, y con las velas se puede ver el universo de telarañas debajo de la cama. Pero ninguno de ellos sabía cómo prender un fósforo. Entonces resolvieron llamar a su hermana mayor. No se detuvieron en los motivos verdaderos y ella tampoco escudriñó detrás de aquella petición que sólo correspondía al genuino asombro de la infancia, a los ojos desorbitados ante la reacción química luego de frotar la superficie rugosa de la cajetilla, aquel espectáculo de la cabeza encendida así nomás; un recuerdo que ella conservaba como un lujo desvanecido de la infancia, ahora que la magia del fuego se había extinguido y había sido reemplazada por el monótono y sofocante oficio frente al fogón de la cocina. Entonces quiso ser buena hermana, se apiadó de ellos y les concedió el regalo del fuego.

Mientras la más pequeña sostenía con ambas manos la vela, algo temblorosa, su hermano se encargaba de que no tropezara con ningún obstáculo en el trayecto hacia la última habitación. A veces se detenían y él con sus manos rodeaba la llama que, por momentos, disminuía su esplendor a causa de la respiración agitada de los dos. Abrió la puerta con cautela. Antes de que se agachara, levantó los

bordes de la sábana de la cama. Comenzaron a iluminar las fisuras de la madera y el reino de las telarañas. Al fondo reposaba la caja. Sacaron a los reyes magos y a un pastor. Los tendieron sobre una alfombra tejida que estaba al pie de la cama. En todo el centro ubicaron la vela. En silencio se quedaron admirando las formas de los santos, los pliegues del ropaje.

El pabilo de la vela se iba torciendo lentamente, mientras la llama crecía y decrecía. De repente, un ruido incomprensible que venía de lejos interrumpió aquella contemplación del fuego. Siguieron su rastro hasta perderse en la claridad del zaguán. La música provenía de unos parlantes instalados sobre el techo de una camioneta vieja. La pintura carcomida por el sol pasaba desapercibida frente a aquel montón de peroles, vasijas, ventiladores y balones que sobresalían por todos los costados. Se unieron al grupo de niños extasiados en la persecución de aquella caja sonora ambulante. El sonido ronco que despedían los parlantes estremecía las casas y sacaba a sus habitantes. *Todo lo que necesitan para el hogar; juegos de cocina, tapetes, juguetes, mercancía de la mejor calidad a precios de locura. Con este calor, ¿quién no quiere un ventilador? ¡Acérquese sin compromiso!* Y luego de una pausa volvía a sonar la música que había logrado meterse por las paredes hasta llegar deformada al último cuarto.

Corrieron hasta que sus pies cansados empezaron a lamentarse por la ausencia de zapatos. Decidieron dejar atrás el estruendo de peroles y a la gente curiosa que rodeaba la camioneta e inspeccionaba el inventario. A unas dos calles divisaron un tumulto de personas en la esquina de la casa. ¿Otro carro vendiendo más barato? ¿Qué les comprarían? Pero luego aquellas dudas empezaron a desvanecerse cuando confirmaron que no había ninguna camioneta parqueada. Los vecinos tenían baldes ya vaciados. El rastro de agua llegaba hasta el fondo de la casa. Su hermana mayor los tomó de la mano y los llevó hasta donde estaba su mamá, sentada en un rincón del zaguán, aliviada de que ya hubieran sofocado el incendio de la habitación. Sin embargo, no podía evitar mirar con pesar la cama ennegrecida y las gavetas manchadas por el aliento del fuego. Apenas los vio, se levantó y los abrazó con fuerza. No comprendieron que de aquella llama tan pequeña e insignificante se hubiera generado el incendio. No estaban en edad para entender el poder multiplicador del fuego. En cambio, otra idea los abrumaba en silencio: ¿por qué los santos no hicieron nada?

Mientras tanto, en el patio se encontraba el padre extendiendo en el suelo los billetes mojados que había alcanzado a salvar. Cuando escuchó el estallido de los vidrios y luego confirmó la estela de humo que salía del cuarto, se apresuró a agarrar la maleta de cuero donde guardaba sus ganancias por la venta de ganado y la sumergió en la pileta. Al día siguiente se secaron los últimos billetes al tiempo que en los hermanos pequeños se desvaneció la admiración por el fuego. La magnitud de la ofrenda había sobrepasado los designios de la infancia. Desde entonces inspeccionan, conservando cierta distancia, la peligrosa tarea de su hermana mayor en la cocina y, de vez en cuando, sienten una opresión en el pecho.

Robert Max Steenkist

Bogotá, 1982. Educador, editor, escritor y fotógrafo. Ha publicado una novela gráfica, un libro de cuentos y tres poemarios. Es uno de los responsables de los proyectos multilingües de antologías de poetas de todo el mundo *OIRESERIO*, *ARBOLARIUM*, entre otros. Ha hecho parte de festivales literarios en Colombia, Puerto Rico, Gabón, Nueva Zelanda y varios países europeos. Actualmente trabaja en el Colegio José Max León.

El puerto

Cuando decidieron separarse, Adriana y Sergio regalaron a sus dos hijos un pulpo como mascota. Como era una pareja tan calculadora, dada a la poesía de los símbolos, creyeron encontrar en este gesto una manera de generar un nuevo vínculo familiar, centrado en la transformación, que despejara también las sospechas de que con su separación se iba a destruir el nido completo. El matrimonio se acababa, no así la familia.Y sus hijos estaban en esa edad incierta, difícil de definir entre la infancia idílica y las trampas ineludibles de la adultez como prisión y libertad supremas, esa edad de adaptbilidad e infinidad de posibilidades.

No era ese el primer intento de mitigar los posibles traumas del colapso de su unión. Tras meses de terapia de pareja, sesiones de consultoría de familia, vacaciones de urgencia, charlas íntimas, masajes compartidos, amantes convenidos, peleas escandalosas y cafés de indulgencias para recomponer su relación, decidieron que conservarían un hogar como terreno neutral. En el apartamento actual, el cuatro piso remodelado de un edificio insigne de la era de esplendor mercante de la ciudad, vivirían sus hijos Armando y Andrés. Padre y madre se alternarían la custodia, quedándose por semanas en la que otrora fuera la casa de la familia, pero armarían su vida en una vivienda individual, lejos el uno del otro.

El amor no se acaba, habían concluido. Se agotan los rótulos, se desactualizan los títulos, pero no la historia entre dos personas. El pasado tiene un peso innegable en las relaciones humanas. Y ya existen dos hijos. El tiempo y la costumbre han limado esos engranajes que alguna vez fueron las ruedas dentadas que daban marcha a la maquinaria poderosa y conmovedora de la que fue nuestra unión en pareja. Pero el amor es una sustancia inmortal, lo que ennoblece las ruinas y las convierte en tesoro legítimo de la nostalgia. Ninguno de nosotros dos siente este divorcio como una derrota.

Así trataron de transmitirle el mensaje a sus hijos. La noche antes de la prime-

ra jornada como familia no convencional se sentaron niños (digámosles mejor "jóvenes", ¿no crees?) y adultos en el comedor. No lo hacían hace meses: la creciente tensión entre padre y madre había convertido las reuniones en un fenómeno reservado para las visitas ajenas al nicho familiar. La casa permanecía impecable, los platos siempre limpios, la nevera llena, pero ni Sergio le dirigía una mirada a Adriana ni Adriana determinaba a Sergio. Ese día ambos volvían a ser timoneles de una misma barca. Los niños permanecían a la expectativa. La mesa estaba ocupada por una caja enorme de madera, coronada por un gran moño brillante. Era tan grande que, mientras estuvieron sentados los niños, no podían ver a sus padres.

—Este regalo —comenzó Sergio con tono ceremonioso— es para que nos acordemos de que lo más importante en la vida es tener capacidad de transformación. Este regalo es para todos nosotros, pero ustedes tendrán el deber de cuidarlo, como mamá y papá han hecho con este hogar. Ustedes deberán mantenerlo aseado y brillante siempre.

Era un acto que habían preparado durante semanas. La idea era evitar lo doloroso que puede ser el pasado y, en vez de eso, motivar a los hijos a creer que el futuro es amplio, ofrece posibilidades casi infinitas para quienes deciden creer en las segundas y terceras oportunidades, el espacio para continuar y reinventarse. Un mar abierto.

Los hermanos se miraron. Se sentían cómplices, ambos pasando por alto lo que sus padres hablaban y reteniendo sin mucho éxito risas de ansiedad. Adriana completó el discurso de Sergio, como siguiendo un guion ensayado hasta la perfección:

—Cuando los entornos y las circunstancias cambian, nuestro deber es tratar de adaptarnos —dijo mirando a los chicos a los ojos—. Hoy enfrentamos, como familia, el inmenso reto de no perdernos en un nuevo ecosistema, de superar unidos los tiempos nuevos que se nos avecinan.

Ninguno de los dos niños despegaba su mirada de la caja de regalo. No podía ser un televisor nuevo, pues estos venían empacados en cartón y definitivamen-

te una pantalla plana no ocuparía tanto espacio. Tampoco podría ser un nuevo juego de fichas para armar un castillo o una pista de carreras de carros. Balones: descartado. ¿Computador? Ya tenían tres en la casa. No podía ser una plataforma de videojuegos... ni siquiera en internet habían visto regalos que vinieran en una caja de ese tamaño ni entre los juguetes que importaban a menudo sus compañeros de colegio.

La caja estaba armada con precisión y cuidado. Pequeñas tablas componían un cubo liso e imponente; dejaba ver sellos en varios colores e idiomas, como cualquier carga que hubiera cruzado mapas y fronteras. Letreros en varios idiomas, que animaban a tratar esa caja con cuidado en diferentes alfabetos, confirmaban un tránsito largo y azaroso a través de todos los mares posibles.

—¡Un acuario! —Armando, el hijo menor, había interrumpido las palabras de su madre convencido de que había adivinado el contenido de la caja.

Sergio y Adriana se miraron perplejos. Sergio aún quería hablar sobre el amor que sentían papá y mamá entre sí y que la decisión que tomaban era lo mejor para todos. A Adriana le faltaba mencionar la unión familiar por encima de los rótulos y la presión que sus hijos iban a enfrentar por parte de sus compañeros y el resto de la sociedad por ser integrantes de una familia que había optado por acomodarse a un modelo diferente al tradicional. Pero supo que tanto su discurso como el de su futuro exmarido habían fracasado en el intento de captar la atención de sus hijos por encima del misterio del paquete de regalo. Armando saltaba ansioso coreando ¡acuario! ¡acuario! El hermano mayor, Andrés, permanecía boquiabierto y expectante. Se había aferrado al borde de la mesa y esperaba, como a punto de salir a propulsión hacia el techo, la afirmación de sus padres. Fue Sergio, entre resignado y divertido, quien se encogió de hombros y con una venia que parodiaba una entrega cortesana, invitó a sus hijos a abrir su regalo.

Hicieron volar la tapa superior de la caja de madera. Tuvieron suerte de que no golpeara a nadie. Adriana ayudó a soltar las paredes, mientras Sergio cuidaba de que ninguna astilla fuera a incrustarse en los dedos de los pequeños. Pocas horas después un acuario de unos dos mil litros y sus luces ocupaba toda una

pared de la sala. Sonaba el ronroneo de la máquina de oxigenación. Unas algas ondeaban sus siluetas desde la arena brillante. Unos peces diminutos flotaban por el agua cristalina. En una esquina del acuario un cofre de tesoro se abría de vez en cuando y soltaba una fila de burbujas que subían hasta el borde como jugando a las carreras. Entre las rocas, unas con filos agudos, otras planas, otras con texturas corrugadas, palpitaba lo que parecía un tubo, pero no dejaba salir nada visible y tampoco parecía aspirar cosa alguna.

—¡Un pulpo! —Esta vez fue Andrés el que exclamó entusiasmado. Pronto Armando gritó también y ambos se abrazaron como celebrando un gol—. ¡Tenemos un pulpo!

El animal pareció sentirse llamado por el entusiasmo de los hermanos. En alguna clase de psicología, Adriana había leído que todo parecía indicar que hay quienes durante largos periodos de cautiverio perdían de cierta manera su pasado y se entregaban de lleno a las pocas opciones que les daba un entorno de encierro para no enloquecer. ¿Este pulpo también se había resignado a cambiar un pasado de aguas infinitas por una adaptación acomodada a la claustrofobia? De repente, como si las piedras acuáticas despertaran, el suelo del acuario se empezó a mover sin orden. Palpitaron las rocas y donde antes parecía haber una capa de mineral inerte aparecieron dos ojos cruzados por una pupila de gato. Parpadearon: dos canicas jugando con la luz bajo un manto primitivo.

Surgió un tentáculo delgado. La punta se irguió como un anguila curiosa y se detuvo cuando parecía haber identificado a los cuatro humanos que contemplaban en silencio el despertar del pulpo. El miembro giró sobre si mismo y dejó ver sus chupas como si elevara la mano para ser correspondido en un saludo.

Casi de manera automática ambos niños pegaron sus manos al vidrio de la pared del acuario. El tentáculo acercó sus chupas a las manos de ellos e intentó agarrarlas con movimientos suaves. Cada ventosa se abría y se cerraba sobre la transparencia invencible que la distanciaba de la realidad seca de los humanos. Otros tentáculos aparecieron desde otras partes del acuario y parecieron responder al llamado del miembro que primero había vencido la vocación de camuflaje. Los otros siete miembros parecieron querer unirse a las manos de los

hermanos y se pegaron al vidrio en un gesto con el que parecían reconocer a los chicos que no podían parpadear de la emoción y del asombro.

Sergio y Adriana se miraron complacidos. El pulpo permaneció inmóvil frente a sus hijos. Nada permitía leer sus emociones, pero ambos creyeron entender que el animal ansiaba el calor de los niños, como alguien que ve al final de un callejón oscuro la luz cálida de su hogar. En un impulso se agarraron las manos y sintieron una satisfacción mutua, el alivio de hacer parte de un buen equipo, como el de dos colegas de trabajo que cierran una presentación con un aplauso de sus clientes. Entonces se abrazaron y así permanecieron, viendo a sus hijos que parecían no haber participado de la conversación reciente que anunciaba su separación definitiva.

dos

Habían convenido que, para una transición sin traumas, lo mejor era que los niños pasaran la primera semana con su madre. Desde hacía años Sergio se despertaba antes del alba, alistaba el desayuno para todos y salía sigilosamente a su rutina laboral, antes de que Adriana y los niños se hubieran levantado; por las mañanas los chicos a duras penas notarían la diferencia. A ella, en cambio, esto le significaría más trabajo cada dos semanas, pero estaba dispuesta a asumirlo.

La idea era que de esa noche en adelante él avisara con antelación cuándo pasaría por la casa a, por ejemplo, ayudarle a Andrés con los ejercicios de trigonometría, a buscar a Armando para llevarlo al dentista, a los dos para clase de windsurf o a leerles un libro antes de dormir. Ella igual: cuando Sergio estuviera a cargo de ellos, ella vendría de manera casual a contarles de sus viajes de negocios, a ayudarles con la guitarra o a hablarles de los bisabuelos que habían ayudado a erguir esta ciudad con su pulso y determinación venidos desde el otro lado del mar. Ante todo, nunca dejar de ser mamá y papá ejemplares.

Esa primera noche del acuerdo, después de darle de comer al pulpo y de apagar las luces para que todo el mundo descansara, Sergio acostó a los niños como de costumbre. Leyó para ellos un par de páginas de *Veinte mil leguas de viaje submarino* hasta que Andrés y Armando se durmieron y se despidió con un abrazo de Adriana. Nuevamente, ambos sintieron alivio por su proceso. El dolor de la

separación había sido inevitable e intenso, pero habían trabajado juntos para que el sufrimiento pudiera ser una opción descartada. Estaban seguros de que la cordialidad y la planeación, bases del respeto mutuo, iban a empezar a regir esta nueva etapa de la familia.

Por eso a Sergio le sorprendió tanto esa llamada antes de la madrugada. Adriana no podía articular palabra. Lloraba y gritaba desesperada. Sin demora, Sergio cruzó la cuadra que aún no despertaba ("cuando me levanto ni siquiera han pintado las calles", solía decir) y entró al edificio. Ni siquiera esperó a que el portero le abriera porque tenía llaves del garaje y subió las escaleras hasta el cuarto piso en dos o tres zancadas. Mientras esperaba ansioso a que Adriana respondiera su llamado a la puerta notó que había pisado una sustancia que se adhería a sus suelas. No era barro ni mierda de perro; era una nata espesa y aceitosa que se pegaba con fuerza al piso y que entorpecía el caminar. Despedía un vaho denso, parecido remotamente al de combustible, pescado muerto o cagarruta de gaviotas que se respiraba cerca al puerto cuando los barcos llegaban a descargar. Trataba de precisar el olor de ese pegote cuando la puerta despejó todo el olor al abrirse de repente.

Adriana se abalanzó sobre él y se encogió sobre su pecho. Rasguñaba sus hombros como un náufrago los bordes de una lancha volcada. El llanto le impedía articular frases completas. Nombraba a los niños, mis chiquitos, lamento de rabia, Armando, Andrés, el pulpo, grito. Su voz herida se extendía por todo el interior del edificio y se perdía entre el eco con el que respondían las puertas de los vecinos. Sergio la abrazó y la condujo hacia el interior del apartamento. Le pidió que se sentara a respirar mientras él le servía un poco de agua.

Sintió el crujir de vidrios y agua bajo sus pisadas. El acuario yacía hecho trizas. Algunos peces agonizaban saltando sobre el piso de madera. Los muebles estaban volcados. Las piedras y las algas estaban regadas por todo el piso. Lo que parecía ser una mancha de aceite se extendía hacia los cuatros. Era como si alguien hubiera arrastrado un trapero recién mojado en un caldo marinero y se hubiera propuesto impregnar hasta el último rincón de la vivienda.

Adriana permanecía con las manos adheridas a su rostro como si quisiera arran-

carse una máscara. Le extendió a Sergio una nota escrita a mano, cuyas arrugas reflejaban el impacto con el que la mujer la había recibido. Reconoció la letra de Andrés. “Mamá, papá: nos fuimos con el pulpo. Estaremos bien. Besos, A&A”.

Sergio recordó que a la hora de comprar el animal en un acuario especializado le habían advertido que el pulpo suele engañar a sus presas y meterlas dentro de su guarida para devorarlas. Sintiendo que la fuerza le abandonaba los muslos y, sin poder expresar palabras, atinó a señalar el acuario, pidiendo una explicación. He sido yo, respondió Adriana todavía sollozando. El puto pulpo se los llevó. Solo entonces Sergio entendió que la materia viscosa que había pisado mientras subía afanado por las escaleras era la pista, el rastro del pulpo y las pisadas de los niños, que debían seguir si querían volver a sus hijos.

La línea de la viscosidad dejada por el pulpo se veía atravesada esporádicamente por las huellas de los zapatos de los niños. Bajaba por las escaleras y se dirigía hacia la calle. De no estar angustiados hasta las náuseas, Sergio y Adriana hubieran notado que los tres parecían haber avanzado en una especie de trenza coreográfica, una marcha alegre hacia lo incierto. Cuando le preguntaron al portero, él no supo decirles nada. Mientras Adriana lo arrastraba para salir del edificio señalando la pista, Sergio se preguntó si acaso las capacidades del pulpo para camuflarse pudieran darse aún en movimiento sobre la superficie seca. Al instante se recriminó por dedicarle un solo impulso neural a algo que no fuera el paradero de Andrés y Armando. En un tono que supo proyectar como sereno y racional dijo:

—Mira, Adriana: nuestros hijos no son ningunos pendejos. Son jóvenes y no están midiendo las consecuencias. Volverán apenas se sientan en apuros.

—Al contrario, Sergio. Están siendo los adolescentes que nunca vimos llegar. Si actúan como niños es para llevar sus actos a las consecuencias más terribles.

El rastro de los hermanos y el pulpo tomaba la calle del edificio de Sergio y Adriana (al menos habían caminado por el andén, pensó la madre) y se adentraba en el parque del barrio. Allí los niños habían pasado buena parte de las tardes después de clases, entre los hijos de emigrantes y sus propios compañeros del

colegio. Al principio, papá y mamá se sentaban en una banca a animarlos o a contemplarlos desde la distancia en su propio ecosistema: jugaron al balón, se cayeron y se lograron poner de pie solos, habían vencido el miedo a ascender solos por la escalera del tobogán. Luego todo fue empeorando. Un día, hacía meses, se gritaron frente a otras familias porque la discusión de si sus hijos debían o no llevar bufanda en esa temporada se salió de control y decidieron no salir los cuatro nunca más.

Cuando llegaron, ambos columpios seguían balanceándose. Del pasamanos terminaba de escurrir la misma baba que les decía que sus hijos y el pulpo (maldita sea la hora que me dió por traerlo a nuestras vidas, pensó Sergio) habían estado allí hacía contados instantes. Adriana corrió alrededor del parque y encontró que, entre el rocío de la mañana y las hojas secas que terminaban de caer desde los árboles, se podía identificar las marcas del molusco y los muchachitos. Se dirigían a la calle comercial.

Los pocos locales que abrían a esa hora quizás habían despertado la atención de los chicos: una panadería donde solían comprar raciones de desayuno acababa de prender las luces de la cocina, los puestos de revistas y sus tenderos más añejos empezaban a disponer entre murmullos somnolientos los primeros periódicos y termos con café, la florista a la cual Sergio compró a Adriana los ramos de flores con los que adornó todas las fechas de su aniversario iniciaba la jornada con un cigarrillo mientras buscaba las llaves en el mismo bolso de siempre. Ninguno de ellos supo dar noticia de los prófugos, pero se ofrecieron a llamar a la policía mientras los padres corrían calle abajo, hacia el puerto, siguiendo el líquido viscoso que se volvía cada vez más tenue, como si al pulpo se le fueran acabando las reservas.

Encontraron un hidrante apelmazado. El borde de la oficina de correos con la huella de un zapato de Andrés. La marca de una mano de Armando en la vitrina de una sastrería que había tenido que cerrar porque ahora nadie reparaba su ropa, sino que la botaba al menor rasguño y salía a comprar nueva. Se notaba que habían bajado hacia el puerto dando brincos de aquí para allá sin prisa, pero sin pausa. Sergio los imaginaba gritando desprevenidos o jugando a las atrapadas con el pulpo que se expandía sobre los postes de la luz y daba botes

entre sus pies como en una coreografía submarina sobre las calles de la ciudad.

Pero a medida que las huellas se acercaban al puerto Sergio sentía que la angustia se disparaba. Le dolía el pecho. Corría de la mano de Adriana (nunca la había visto tan ágil) por el centro de la avenida, evitando con gracia los cruces de los rieles del tranvía. Asombrada por su propia resistencia, Adriana por fin se detuvo ante la reja de entrada a los hangares. La mucosa, cada vez más densa, permitía saber que los tres habían trepado por los cables y habían saltado al otro lado. El alambre de púas se torcía en una curva, como si un brazo (no, ocho brazos) los hubiera forzado para darle paso a cuerpos alegres y ágiles rumbo a lo inalcanzable.

Desde allí, y desde hace años, ella había visto cómo partían los cruceros en verano, rebosantes de turistas gordos y ruidosos que llegaban a su ciudad como plagas a pasar el día, tomarse fotos ridículas en los edificios, saturar las alamedas y las bases de las estatuas, para por la tarde abordar de nuevo esas ciudades flotantes rumbo a nuevos destinos tan volátiles, impersonales y pasajeros como el que ella habitaba. Allí mismo perdía a sus hijos, donde se alegró de que tantos desconocidos por fin dejaran de saturar sus calles y su aire. En ese punto, cualquier retrospectiva le confirmaría que las rutas del azar que termina gobernándonos son mucho más caprichosas e imponentes que cualquier plan humano. Quiso decírselo a Sergio, pero sus ideas tuvieron que enfocarse en las palabras perplejas del guardia del puerto que les aseguraba que ningunos niños con ningún pulpo habían pasado por allí.

—¿Pero no ve aquí mismo las marcas de las pisadas y del arrastre? ¿no ve cómo los alambres han sido burlados? —dijo Adriana con tono amenazante.

—Sí, lo veo, señora. Pero por favor entienda que acabo de llegar. Mi compañero no me informó nada. Además, los pulpos se camuflan, ¿no es así?

Los dejó cruzar con la condición de que firmaran el libro de proveedores y dejaran un documento como garantía de que volvían a salir una vez resolvieran su asunto. Como Adriana había salido sin cartera ni identificación alguna, el guardia aceptó lo que Sergio le extendió al buen hombre para que esa misma

tarde invitara a su señora a una cena en nombre de esta familia desesperada.

Las huellas llegaban hasta el borde del último muelle. Los pasos de los chicos empezaban a distanciarse entre sí, como si hablaran de saltos cada vez más entusiastas. No cabía duda: no habían sido forzados ni arrastrados. Así se lo dijeron pocas horas después (ya resignados) al investigador que los entrevistó. Casi al filo de la plataforma las huellas convergían en una sola línea. Las marcas del pulpo dejaron de ser un viscoso trazo y parecieron también hablar de huellas de brincos ágiles y seguros. No lo dijeron para el acta de apertura del caso y tampoco se lo preguntaron a nadie, pero les hubiera gustado saber si esos saltos, ágiles y múltiples, tan diestros fuera del agua como seguramente lo serían dentro de ella, se debían a una ansiedad por servir nuevos incautos al mar insaciable o a la alegría de cualquier transgresor que compartía con otros sus propias aguas para una nueva oportunidad de la libertad y la transformación.

§

POESÍA

§

Camila Charry Noriega

Bogotá, 1979. Es profesional en Estudios literarios y aspirante a maestra en Estética e Historia del Arte. Ha publicado los libros *Detrás de la bruma*; *El día de hoy*; *Otros ojos*; *El sol y la carne*, Arde Babel, este último reeditado en Guatemala y México en el 2018 y 2019 respectivamente, y del libro *Materia iluminada*, poesía escogida, en edición bilingüe, español-francés en el 2019. Es coeditora del fanzine *La trenza* que aborda la poesía y el ensayo escritos por mujeres en Colombia. También hace parte del comité editorial de la Colección de poesía y literatura *Respirando el verano*. Ha participado en diversos encuentros de poesía y literatura en Colombia, América, Europa y África. Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, rumano, polaco, portugués, árabe e italiano. Es profesora de literatura española y latinoamericana y de escritura creativa.

INTEMPERIE

Afuera
mi padre a la intemperie
no cabe en su cuerpo,
es tiempo y recuerdo.

Afuera, solo,
sabe que su marcha
a sus casi ya 70 años
es la del río al revés.

OBSERVACIONES FELINAS

Un gato se desliza a través de la luz.
Se detiene y de frente mira el resplandor;
intuye la posibilidad de la sombra
revelada en su ausencia.

La eventualidad de la sombra
más real que la materia iluminada,
se precipita.

Paciente espera la noche
y observa cómo
entre la tiniebla de sus visiones
los hombres
se sueñan animales.

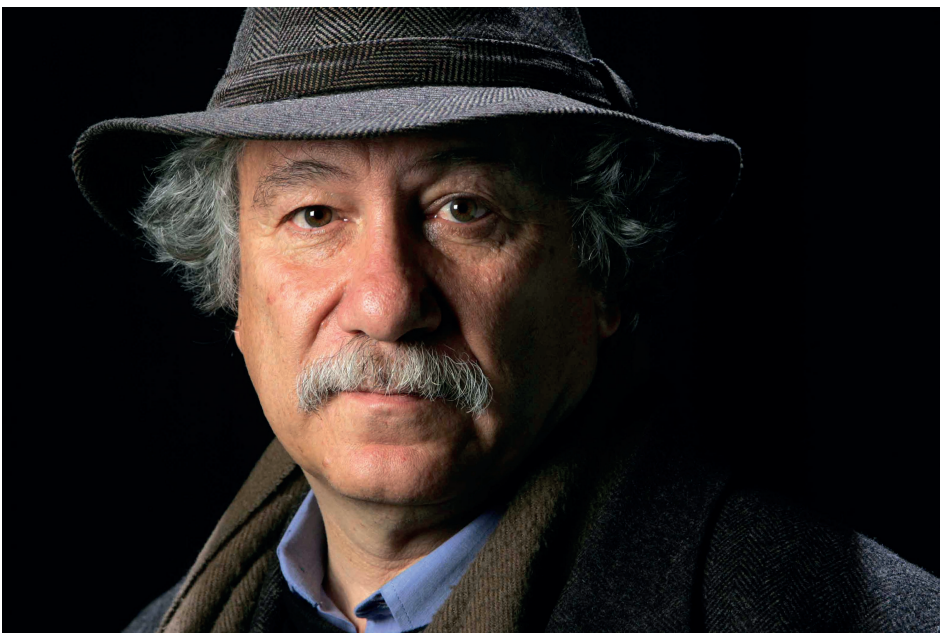
CANTO DE LA TARDE

Si pudieran las palabras
—como las piedras—
sepultar los cuerpos que se amaron.

Si pudieran erigir templos al olvido,
reales templos
por los que ya no cruzaran
el cuerpo y su temblor.

Si pudieran asegurarnos
que lo sencillo fue el milagro
con toda su tragedia,
aquello pequeño
que pasó
bello
profundo
como el giro estremecido
de una hoja
que se inclina hacia la tarde
roja de vida
y obediente.

Juan Manuel Roca



Medellín, 1946. Fue coordinador y director del magazín dominical del diario *El Espectador en Bogotá*. Ha recibido el Doctorado Honoris Causa en Literatura por la Universidad del Valle y el Doctorado Honoris Causa por la Universidad Nacional de Colombia, así como numerosos premios de poesía, periodismo y cuento. Es autor, entre otros, de los libros de poesía *La farmacia del ángel*, *Las hipotesis de nadie*, *Biblia de pobres*, *Temporada de estatuas*, *Pasaporte del apátrida*, *No es prudente recibir caballos de madera de parte de un griego* y *Cartas a Ninguem*. Su obra ha sido traducida al sueco, alemán, neerlandés, francés, portugués, italiano y árabe.

En 2017 fue el poeta homenajeado en el Festival Internacional de Poesía en Costa Rica y en 2018 en el Festival Internacional de Poesía de Marruecos, lo mismo que en el Festival Internacional de Poesía de Jönchoping, Suecia, donde se publicó su antología *Närh elden talar med vinden* (*Cuando el fuego conversa con el aire*).

LOS ENTIERROS
(Carta desde un país que huye)

Heme aquí,
país como un viejo hampón
cansado de ver muertos,
país
que quisiera morir de viejo
como un padrino de Sicilia
entre un seto de rosas.
Heme aquí
en una bicicleta de cromo
mirando a cada lado
de la carretera
mujeres de ayer
en camino de la iglesia
y muertos que van a la ópera
con sombreros de copa.
Nada memorable tuve,
país de buenos modales
y malas acciones,
ni siquiera un abuelo polizón
escondido en un tosco barril
de kerosene. Nada memorable,
viejo país que es
cadáver y sepulturero
al mismo tiempo.
Yo enterré un árbol
en el patio de la infancia
y la infancia me enterró
la espada de madera
en una casa sin techo.
Pretendí serlo todo:

maizal y espantapájaros,
pájaro y grito,
ladrón de granos
cuyas huellas se pierden en la niebla.
Una noche roja
enterré una herida en el bosque,
era una herida mal cosida
como una muñeca Vudú
comprada en el mercado del olvido.
Viejo país enterrador,
dispensador de suaves venenos.
En horas de insomnio
entendí que hay bares
donde duermen a sus anchas
el arcángel San Gabriel,
el Flautista de Hamelin
o un cantante de blues
a quien le basta una moneda
de traganíquel para habitar
por un rato
nuestro profundo vacío.
Diste órdenes de impulsarme
al abismo, de perseguirme
con palos de escoba y una coral
de perros rabiosos, país
de dioses marrulleros. Te tengo
entre ojos hace mucho,
se cómo escondes la serpiente
en tu bálsamo de falso paraíso.
Hace mucho
no me engañas, hace mucho
que intentas en vano
intimidarme con una legión
de perros desdentados.

RETRATO FAMILIAR

El niño que fui
se asoma a mi espejo
y me saca la lengua.

(A mis primeros 70 años).

Catalina González Restrepo

Medellín, 1976. Es Licenciada en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia y Magistra en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, ciudad donde se desempeña como editora de Luna Libros.
Ha publicado: *Afán de fuga* (Editorial Universidad de Antioquia, 2002), *Seis cancioncillas* (de agua salada) y *Otros poemas* (Universidad Nacional de Colombia, 2005), *La última batalla* (Pre-Textos, 2010), *Una palabra brilla en mitad de la noche* (Universidad Externado de Colombia, 2012) y *Dos veces extranjeros* (Pre-Textos, 2019).
Sus poemas han aparecido en revistas y antologías nacionales y extranjeras y han sido traducidos al francés, portugués, italiano, inglés y árabe.

FRAGMENTOS DE VIAJE

I

En el aeropuerto haces filas interminables
y hablas con desconocidos
que te desean buena suerte en el viaje.

Aquí todos somos amigos por un rato.

Se retrasa tu vuelo,
ojalá él no se canse de esperarte.

Siempre tienes el miedo
de morir en el próximo instante.

II

En la sala de embarque no te ofrecen nada
y estás cansada de vagar por los corredores
atestados de pasajeros.

Es de noche, todos queremos irnos o regresar.

Por el altavoz dicen frases incomprensibles.

Viajas sola y a veces te asalta el temor infantil
de perderte entre extraños.

El televisor anuncia inundaciones
en la ciudad que visitarás.

No son buenas las noticias,
¿cómo tener fe en algo?

III

Anoche tu madre lloraba entre tus brazos,
le decías que la vida era dulce,
que habías vuelto a enamorarte.

IV

El azar te ha sentado en la ventana
y no ha dispuesto a nadie a tu lado,
pones tus libros en la silla contigua.

Antes de despegar, un hombre que huele bien
y se come las uñas ocupa la del pasillo.

No podrías hablarle,
sólo jugar,
pero él ni siquiera te mira.

Es el sueño de irte con el primero que pase.

V

Llegas a tu destino sin contratiempos,
él te espera con su impermeable
en la estación de taxis.

VI

El único contacto con la realidad
era la bandeja con comida
tres veces al día.

VII

Sueñas que tienes el pelo largo,
que él te envía algo a casa antes de regresar,
que recoges las cosas que se te quedaron.

VIII

Un lunes a destiempo gastan sus labios
en la cama compartida de la soledad,
se dejan el sabor de ciudades frías,
inscripciones al reverso de fotografías,
maletas revueltas al final del viaje.

IX

Cuando llegas oyes las últimas noticias,
pero guardas en la billetera la tarjeta de un hotel.

Has olvidado el truco para abrir la puerta de tu oficina,
quisieras nunca regresar.

Los gatos a la entrada ya no te reconocen.

Has salido de viaje cuatro días
y todo te parece ajeno.

Ramón Cote Baraibar

Cúcuta,1963. Historiador del arte de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado los libros de poesía *Poemas para una fosa común* (1984); *Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de delicias* (1991); *El confuso trazado de las fundaciones* (1992); *Botella papel* (1999); *Colección privada* (2003); III Premio de poesía de la Casa de América, *No todo es tuyo, Olvido*, antología (2007); *Los fuegos obligados* (2009), XXXIII premio de poesía UNICAJA; *Como quien dice adiós a lo perdido* (2014); *Hábito del tiempo*, antología (2015), y *Milagros comunes*, antología (2019). Además, es autor de la antología de joven poesía latinoamericana *Diez de ultramar* (1992), de la *Antología esencial de la poesía colombiana* (2006), de la *Antología de la poesía contemporánea colombiana* (2017), de los libros de cuentos *Páginas de enmedio* (2002) y *Tres pisos más arriba* (2009), y de la biografía *Goya. El pincel de la sombra* (2005). Así mismo es autor de tres libros de cuentos infantiles: *Feliza y el elefante*, *El Gato izquierdo* y *Magola contra la ley de la gravedad*.

Sus cuentos y poemas, así como sus artículos sobre arte y literatura han aparecido en diversas revistas nacionales e internacionales.

PARA EMPEZAR EL AÑO

Llevas dieciséis años escribiendo
al lado de la misma ventana y en todo este tiempo
has venido rasgando con tu codo la tela del sofá
que ahora cubres con un modesto paño
para que las visitas no adviertan enseguida
el daño continuo que le has hecho al mobiliario de la casa.

Dos hijas, varios libros publicados, un matrimonio
y una biblioteca, cientos de noches
y miles de cigarrillos. Así, igual que entonces,
empiezas otro año con la misma costumbre,
considerando la posibilidad de llamar al tapicero
pero en ningún momento de cambiar de lugar
ni mucho menos de oficio.

Algo de todo esto habrá que valga la pena,
piensas, ya de noche, con un vaso en la mano repleto de hielo
al lado de esa ventana que te ha visto tantos años
hacer lo mismo en soledad, sin molestar
a los vecinos, escuchando las notas del piano
de las variaciones Goldberg —gran Glenn Gould—,
lector de cuello inclinado, fantasma entre el humo,
silencioso suicida.

De *Como quien dice adiós a lo perdido* (2014).

ÁLBUM

La muerte tiene una especial predilección
por los álbumes de fotos familiares.
Con sumo cuidado pasa cada una de sus páginas
y solo se detiene para señalar con su dedo
al elegido.

Ahora que lo sabes, considera muy seriamente
la posibilidad de que en este momento
esté meditando acerca de cuál de todos aquellos
que sonríen a la cámara
será su próxima víctima.

De *Libro de averías* (inédito).

LOS SOLITARIOS

Parece que nuestras vidas sean un recuerdo
que alguna vez tuvimos en algún lugar.
CHARLES WRIGHT

Los solitarios caminan por sus apartamentos
hasta altas horas de la noche y sus ventanas
son las últimas en apagarse en toda la ciudad.
Allá en lo alto se preguntan por sus vidas,
repasan las infinitas posibilidades perdidas
de ser feliz, reconstruyen el rompecabezas de sus equivocaciones
y con el mayor sigilo y sin hacer el menor ruido
revisan los cajones, miran viejos álbumes de fotografías,
abren varios libros y leen renglones subrayados a lápiz
que ya nada les dicen, dedicatorias que no comprenden,
y hunden sus manos en lo profundo
de los bolsillos de las chaquetas buscando algo
que les dé razón de su extravío. Así suceden sus días
y sus noches comprobando con amargura
que la vida se les perdió de vista en algún lugar
y que hasta ahora nadie da cuenta de su paradero.

Después de su acostumbrada ronda de pesquisas
que no arrojará ningún resultado,
en la soledad de sus cuartos a oscuras
se preguntarán por la vida que alguna vez tuvieron
y seguirán mortificándose por la que quisieron tener.

De *Libro de averías* (inédito).

Amparo Osorio

Bogotá, 1951. Poeta, narradora, ensayista y periodista colombiana. Ha publicado los libros: H*uracanes de sueños* (1983-1984); *Gota ebria* (1987); *Territorio de máscaras* (1990); la antología *La casa leída* (1996); *Migración de la ceniza* (1998); *Omar Rayo Geometría iluminada* (2001); *Antología esencial* (2001); *Memoria absuelta* (2004); *Memoria absuelta* (2008); la antología *Estación profética* (2010), *Grandes entrevistas de Común Presencia* (coautora, Premio Literaturas del Bicentenario, 2010); *Oscura música* (2013), la novela *Itinerarios de la sangre* (2014) y *La caída interior* (2017), libro nominado en 2020 al Premio Nacional de Poesía convocado por el Ministerio de Cultura de Colombia.

Sobre su obra han escrito comentarios críticos diversos escritores de importancia internacional como Jorge Rodríguez Padrón, Fernand Verhesen y Claude Miche Cluny. Varios de sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, árabe, italiano, portugués, húngaro, rumano, ruso y sueco.

En la actualidad preside la Fundación Literaria Común Presencia, entidad dedicada a la investigación, recopilación y difusión cultural, y dirige el semanario virtual Confabulación.

CÁLICE

Yo estoy en donde estuve:
entre los muros indecisos
del mismo patio de palabras
Octavio Paz

Mi memoria
Contaminada de espinas y de árboles lejanos.
La casa que nunca fue
La redondez de la fruta más triste
Iluminada por el misterioso
Corazón de la luna

Mi memoria galopante
Como una anunciación intraducible
Todavía despierta húmeda
En las neblinas de la albahaca.

BITÁCORA

Un sol de exilio alumbra estas pisadas.
Vengo de un país de llovizna permanente
y estoy triste
a pesar de las hojas
del verano que nunca será mío.

Evoco risas,
bellas palabras
que alzaron catedrales de ternura
canciones que mecieron mis ojos
bajo los puentes del amor
algunas cartas

y una paloma siempre ensangrentada
del otro lado del río.

FLOR HÚMEDA

Reza de noche para que no despiertes,
de repente, famoso.
Ana Ajmátova

El verano todavía está lejos
y en las aceras como en las arterias
pervive intacta
la flor de la llovizna

Háblame de los desposeídos y
de los invisibles.

Quiero cifrar mi fe en el eco
de tu melancolía

Flóbert Zapata Arias

Filadelfia (departamento de Caldas), 1958. Es autor de los libros de poesía *Copia del insecto* (1991), *Después del colegio* (1994), *Declaraciones* (1999), *Ataúd tallado a mano* (2006) y *Coplas* (2009).
Ha obtenido los siguientes premios: Universidad de Antioquia, 1993; Ciudad de Chiquinquirá, 1999, y Antonio Llanos, 2001.
http://www.flobertzapata.blogspot.com / flobertzapata@yahoo.com

De *Anfiteatro azul*

OTOÑO

Abril llega con mentira,
en sus manos fresca flor:
una muchacha nos mira
y va naciendo el amor.
Porque la mentira fuerte
deja de fingir y arde,
perdonemos a la muerte
y lloremos con la tarde.

SILENCIO EN TRAJE DE NOCHE

Callaba porque quería
seguir soñando y viviendo.
Hoy, tarde, voy descubriendo
que en los silencios moría
y que mataba sonriendo.

UNIFORMADO

Vengo de un barrio pobre como tú
aunque ya no eres pobre como yo.
El cielo goteaba aguapanela,
oropel, Barbys falsas, alcohol.
Le quito al que le sobra y salvaguardas,
eres la ley y yo un simple ladrón.
Aquello que ahora soy bien pudiste haber sido,
golpéame con juicio, mátame con amor.

PALACIO

Turista, recuerda que esa belleza que miras fue construida con dinero robado y que no se roba sin matar como no se consigue sin robar. No olvides que en esa belleza hay sangre derramada y sudor envilecido. Que quienes construyeron esa belleza no la disfrutaron y que quienes la disfrutaron no la compartieron. Pero ahora, vidas desperdiciadas en el lujo y vidas desperdiciadas en la miseria, todas muertas, comparten contigo y conmigo esta belleza que parece fortuita.

PERRO CALLEJERO

Cuando tú mires a los ojos a un vagabundo y su perro verás los mismos ojos, el perro agradecido con el vagabundo y el vagabundo agradecido con el perro.
Cuando miras a los ojos a un perro callejero solitario ves a un vagabundo pidiendo amor.
Cuando miras a un vagabundo solitario ves a un perro callejero lleno de llagas.
El perro callejero es el hombre que no abandona y lo abandonan.
El hombre es el perro callejero deprimido que ya no sabe de comunidad ni de manada.

GOLETA BOLÍVAR

Lord Byron quería venir a pelear por la independencia junto a Bolívar, lo admiraba, tenía una goleta con su nombre. No juntó el universo al Byron de pie hendido y mente hendida con el Bolívar de mente hendida. La América que se paraliza con Bolívar, con Bolívar y Byron hubiera temblado.

§

Gabriela A. Arciniegas

Bogotá, 1975. Generación del 95 de poesía colombiana, generación Cero-Cero de narrativa latinoamericana, creadora de un estilo narrativo, el Gore místico. Con su primera novela, *Rojo Sombra* (2013), recibió el título de mujer pionera del terror en Colombia por la revista *Cromos*. Es miembro de la Comunidad del megáfono en Bogotá y del PEN Colombia. Su obra ha sido incluida en diversas antologías. Autora leída en colegios colombianos y estudiada en universidades europeas y norteamericanas. Traducida al italiano y al inglés. Desde 2016 ilustra sus propios libros. Estudió Artes Plásticas (Los Andes), se graduó en Literatura (PUJ), se especializó en Docencia Universitaria (U. Bosque), es Magistra en Literatura latinoamericana (PUJ, Bogotá, 2013) con tesis laureada. En octubre de 2018 fue becada por trayectoria para tomar un curso de guión de cine y TV en el instituto del Cine de Madrid. Ha sido finalista en varios concursos literarios nacionales e internacionales, ganadora del premio Ediciones embalaje en 2009 con su libro *Awaré*. Publicaciones: *Sol Menguante* (1995), *Awaré* (2009), *Rojo sombra* (2013), *13 relatos infernales* (2015), *Bestias* (2015), *Lecciones de vuelo* (2016), *Cuentos del Café Flor* (2018) e "Infestación" (2018). Radicada en Chile desde 2016.

EL DORADO

Toda la sangre de sus ancestros
me la bebo
en los ojos sangrantes que se apagan
que se cubren con la sombra de mi cuchillo traicionero

Me como su corazón
su timo me como
órgano de sus antiguos dolores

No puedo evitar
esa risa que me sale a borbotones
esa risa que llora
cascada insurrecta
grito disonante de guacamayos
que me hablan en lenguas que no conozco

Yo vine de la tierra de las educadas golondrinas
de las deliciosas perdices que dejan con hambre la boca
Vengo de la tierra de las palomas piojosas y agusanadas
allá tuve mis banquetes
allá me revolqué con putas y con díscolos

Pero por las estatuas mórbidas y por sus solemnes palabras en latín
que nunca había visto dioses más casquivanos que en esta América

Cuando entierro mi cuchillo tonto en el riñón de ese que posee la tierra de la que yo me enamoré, mientras él grita su odio y maldice mi descendencia, esos endiablados pájaros salidos de los fluidos seminales de esos dioses siempre húmedos

esos pájaros se ríen al alzar sus alas
sus alas que no se sacian

La maldición es esta risa que me abejorrea la cara
la maldición es esta danza desnuda y patética
que me sale de adentro
y se divierte haciendo
que mis partes impúdicas se balanceen

La dicha es estar maldito
babeando por esta tierra y matando a todo el que quiera tenerla
matando a todo aquel que nació en ella
porque la deseo
amazona morena arisca insaciable

§

Gonzalo Márquez Cristo

Bogotá, 1963-2016. Autor de los poemarios: *Apocalipsis de la rosa* (1988), *La palabra liberada* (2001), *Oscuro Nacimiento* (2005) y *La morada fugitiva* (2013). Un libro de cuentos: *El Tempestario y otros relatos* (1998); la novela *Ritual de títeres* (1992); *Grandes entrevistas de Común Presencia* (2010) y *Las muertes inconclusas* (Premio Internacional de Ensayo Maurice Blanchot, 2015). Realizó la selección y el prólogo de *El libro de la Tierra - Antología Mayor* (2014), gran homenaje a nuestro planeta que contiene textos de 101 autores. En 1989 fundó, junto con la poeta Amparo Osorio, la revista *Común Presencia*. Ambos crearon en 2001 la Colección Internacional de Literatura Los Conjurados, distribuida en Puerto Rico, Venezuela, Ecuador, Perú y Colombia. Dirigió el programa televisivo *Letra Viva*. Fue Director del Día Mundial de la Poesía (versión Colombia) instituido por la Unesco. En 2007 fundó, igualmente con la poeta Amparo Osorio, el periódico virtual *Con-Fabulación*, reconocido con el Apoyo a Mejor Medio Virtual (Ministerio de cultura 2011 y 2012). Fue uno de los escritores más destacados de la literatura colombiana y su obra mereció generosos comentarios de importantes poetas y filósofos de prestigio universal.

EL RETORNO DE LA VOZ

La sed es nuestra herencia
EDMOND JABÈS

La muerte me entregó a su gemelo.

Alguien escapó en mi sangre...

Me ejercité en la derrota para dejar de estar solo, para fundar un ardor esencial.

Supe de prisiones errantes, del deseo a la deriva. Fui despojado de mi nombre.

Como un alud el tiempo venía hacia nosotros y el durmiente transportaba a sus náufragos.

Esperamos un sosiego cruel que nos habían prometido.

Conocí desde niño todo lo que el sol esconde y me propuse recoger la cosecha antes de la siembra, hasta que el miedo trajo a sus dioses.

Sé que la semilla renunciará a germinar.

Que los pájaros oscurecerán el cielo.

Que hay una desdicha que se canta.

Corrí enceguecido. Traicioné a la esperanza y en nombre del abismo a veces fui feliz.

Al amanecer aprendí la lección del silencio.

Pero todavía espero la única pregunta que hace nacer.

OFICIO DE OLVIDO

Una mujer se besa en el espejo, se oculta con su alma, el agua es su soledad.

Un niño escondido en un armario intenta morir.

Las lágrimas de un hombre caen en su taza de café.

Una adolescente con el índice detiene la manecilla del reloj y se estremece.

En el viento hay un mensaje que no comprenderemos.

Tu sombra se rebela.

Nos preparamos para huir de todo lo que amamos.

Quien no parta será olvidado.

El viento dialoga con el fuego.

Espero mi voz.

Viajar también es lo contrario a la muerte.

Mientras la semilla engañe al pájaro no estaremos perdidos.

Nos amaremos en otros rostros.

Nadie se oculta en la memoria.

¿Vendrá alguien a enterrar nuestros nombres?

§

Luz Mary Giraldo

Ibagué, 1950. Profesora universitaria, poeta, ensayista y antóloga, doctora en Filosofía y Letras con especialización en Literatura. Autora de *El tiempo se volvió poema* (1974), *Camino de los sueños* (1981), *Con la vida* (1997), *Hoja por hoja* (2003), *Postal de viaje* (2004), *Sonidos en la luz* (2010), *Llévame como un verso —Poemas del exilio—* (2011), *De artes y oficios* (2015) y *Caza de sombras* (2019), y de las antologías *Diario vivir* (2012), *Canto de pájaros* (edición trilingüe en español, inglés y rumano, 2015) e *Il volto nascosto dell'amore* (español e italiano, 2017). Entre sus antologías en diferentes géneros: *Ellas cantan. Poetas iberoamericanas* (2019); *Zgodbe iz Kolumbije* (2019), *Cuentan. Relatos de escritoras colombianas contemporáneas* (2010); *Cuentos y relatos de la literatura colombiana* (2005); *Cuentos caníbales. Nuevos narradores colombianos* (2000); *Cuentos de fin de siglo* (1999); *Ellas cuentan. De la colonia a nuestros días* (1998); *Nuevo cuento colombiano. 1975-1995* (1997), *Jardín de sueños. Cuentos y poemas para niños* (1985); *Cómo informar a Julio Verne. Rodrigo Parra Sandoval* (2018); *Hablar en nombre propio. Fernando Vallejo* (2013), y *R. H. Moreno-Durán: fantasía y verdad* (2005).

PALABRAS EN EL MURO

Descienden del muro las palabras
—niñas deslizándose por un tobogán—
sílabas que acaban en el aire.
Olvido el olor del lápiz y el papel
la luz desvanecida en la memoria
las manos que acarician
y nace el poema con la vida y la muerte
atormentando la punta de la lengua.

¿CANTO DE PÁJAROS?

Sorda la vida
y este dolor de huesos rotos.
¿Por qué tan poca luz
por qué los ángeles se esconden
¿y corre sangre en los puntos cardinales?

Piden un canto de pájaros
un arco iris en palabras
nada de ausencias, cruces, miedos, ruidos.
Anestesio el dolor
lo escondo entre las páginas
abro mis ojos desvalidos
y el rojo se extiende como sábana.

Sorda la vida
y este dolor de huesos rotos.

LLÉVAME COMO UN VERSO

Como una mano débil despidiéndose
de aquel que permaneció en tierra firme.
ANNA AJMÁTOVA

Lejos de todo recuerda los adioses.
Sabe que no hay país para sus huesos
mesa para compartir el pan
ni palabra ni abrazo.

No le espera borrón ni cuenta nueva.
Ignora la forma de salir
y da vueltas como perro en calle ajena.

Sin linterna rastrea un territorio
sin mapa ni brújula
sin guía
sin reloj.

Cambia de nombre y de papeles
y su rostro se desvanece en el espejo.
Un verso y una frase de amor
único equipaje.

Y en la memoria una mano débil
despidiéndose.

EN CADA PLATO

Mi sueño en cada plato
como tus ojos cuando tienes hambre
y en la cocina apenas hay mercado
tal vez un poco de cilantro
un pedazo de pan
agua para un caldo simple
aceite en la despensa
y cubiertos a la espera.
Huelo el plato ajeno en la memoria
la leche caliente para el frío
miel y limón cuando duele la garganta
y la taza vacía
sobre la mesa.

Mi sueño es no escribir sobre lo mismo
sino encontrar tu plato lleno.

FOTOGRAFÍA Y MANCHA NEGRA

En lugar de cadáver la fotografía
y la mancha negra.
El jardín devorado por las llamas
y los cirios en la piedra calcinada.

La cara sucia del dolor
único testigo.

Samuel Vásquez

Medellín, 1949. Poeta, dramaturgo, ensayista, músico, artista plástico. Cofundador y curador de la Bienal de Arte de Medellín. Comisario de la Bienal de Montevideo, Uruguay. Fundador y director del Taller de Artes de Medellín, que congrega teatro, música, danza, literatura y artes plásticas. Sus obras de teatro han sido escenificadas por grupos de España, Venezuela y Cuba, así como algunos grupos colombianos. Dirigió 17 obras teatrales y ha participado como miembro del Comité Organizador del Festival Internacional de Poesía de Medellín. Es, además, cofundador de la revista *Prometeo* del mencionado Festival. Poemas y ensayos suyos aparecen en libros y revistas del país y del exterior. Su poesía ha sido traducida al rumano, portugués, francés e inglés.

ESTO NO ES UN POEMA

TIENE FRÍO EL SUEÑO. Tiene sueño la impaciencia. Tiene impaciencia el deseo. Tiene deseo el recuerdo. Tiene recuerdo el miedo. Tiene miedo la rabia. Tiene rabia el hambre. Tiene hambre el vacío. Tiene vacío la impotencia. Tiene impotencia la verdad. Tiene verdad el silencio. Tiene silencio la justicia. Tiene justicia la noche

y sólo la noche:

¿No será que cultivamos la niebla?
ARTHUR RIMBAUD

COMO PERROS SATISFECHOS esconden los huesos entre la tierra árida. Madres enloquecidas de amor, la cal en su corazón, abrazan fémures ajenos. No hay luz en las cosas ni por encima de ellas, y lo que ayer era exacto no encuentra ahora una forma mansa donde posarse. Del terror de la noche guarda la mañana, solamente, sus tenis blancos. Entre escombros la muerte nos da en adopción a sus hijos. La piedra arde en palabras insondables. Hay orgías en la cárcel y ataúdes mordidos por termitas entre las madres de la Candelaria. El dolor es la única brisa de la acacia.

SEGOVIA, 11 DE NOVIEMBRE DE 1988

Mirarás un país turbio entre mis ojos
AURELIO ARTURO

ALBA TARDÍA DE GALLOS ASESINADOS. Las puertas que no entraron es sus casas han huido. La lluvia esmerila la mañana con su lija helada. Un disparo triza la pizarra que aún no aprende. Detrás de la nada hay una respiración. No a la vista de todos: en el envés de la piedra una rúnica muda es la prueba. Al hacerme víctima y testigo invalidan mi palabra. Infame el acto que hace miserable el recuerdo.

En el sueño del mundo clava la noche sus cuchillos.

Tania Ganitsky

Bogotá, 1986. Doctora en Filosofía y Literatura. En el 2009 ganó el Concurso Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia y en 2014 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Obra Inédita con su primer libro: *dos cuerpos menos* (2015). Publicó *Cráter*, en coautoría con el artista José Sarmiento, en 2017. *Desastre lento* es su libro más reciente de poesía (Universidad Externado de Colombia, 2018) (Frailejón editores, 2019) y estuvo entre los 5 finalistas al Premio Nacional De Poesía 2019 otorgado por el Ministerio de Cultura. Actualmente hace parte del equipo editorial de *La trenza*, un fanzine de poesía, ilustración y ensayo que busca trazar un mapa crítico y estético de la poesía contemporánea escrita por mujeres colombianas. Trabaja como docente de poesía en diversas universidades de Bogotá.

DESEO DE SER PIEL ROJA

Soy un modelo
de soñadora insostenible.

En tiempos en que sólo podría vivir
de otra manera,
no puedo vivir de ninguna manera.

Mi imaginación guarda
todos los fracasos
para las cosas importantes.

De *dos cuerpos menos.*

CUANDO llueve, las personas se alejan
un poquito más del mundo.
Olvidan los nombres de los animales y las plantas
y sus formas solo les parecen familiares.
Pierden de vista el cielo
y miran el piso mojado,
que revela el remordimiento de la tierra.
Quienes pueden prenden fuego
para calentar su hogar,
secar la ropa y los malos pensamientos.
Los amantes se abrazan
y les parece que todo el universo escampa.
Los que están solos miran por la ventana
hasta que retornan los tigres, los caballos, los abedules.

VEO a los caballos
enrarecerse
alrededor de la hoguera.
Como si recordaran
una vida vieja
en la que habrían amado
junto al fuego.

Santiago Espinosa

Bogotá, 1985. Poeta y ensayista, traductor, profesor de la Universidad Central y del Gimnasio Moderno de Bogotá, donde dirige la Escuela de Maestros. Es egresado en Literatura y Filosofía en la Universidad de los Andes, con una Maestría en Filosofía de la misma institución. Es el autor de *Escribir en la niebla*, compilación de ensayos sobre 14 poetas colombianos, y de los libros de poesía *Los ecos* (2010), *Lo lejano* (2015), *El movimiento de la tierra* (2017), ganador del Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2016, y de las antologías *Luz distinta* (México, 2017) y *Para llegar a este silencio* (2017), publicada por la Universidad Externado. La editorial Planeta publicó *El libro de los animales*, poemas para niños de todas las edades, de la que fue compilador. Este año se publicó en Italia *Detrás de lo que escribo siempre hay lluvia*, antología de sus poemas traducida por Emilio Coco.

CANCIÓN DE LOS BEDUINOS

En las tardes, llegando al cuarto
de lo profundo de la fiebre o las tormentas
se oye el canto monótono de los beduinos.

Nadie sabría el sentido de aquellas voces,
recordaría Ungaretti años más tarde,
quizá hablaran de barcos
enrutados al misterio
de una mujer de Nínive
o un caballo.

"Esa canción lejana era el poema",
decía el poeta alejandrino.
Cuando salían de las toldas el viento
había borrado los cantos del desierto.

CIUDAD

La luz de mi ciudad tiene un tamiz
de sombras,
como lavada en los naufragios
que la alzaron sobre el cerro.

Los nogales convertidos en cruces
y las gavias en ministerios,
un resplandor de oro
en las vitrinas del tiempo.

La lluvia vuelve a juntar
estragos en un agua
de murmullos y cenizas
moviendo arenas.
Cae la humedad como si entrara
un potro frío a los cinemas.
Y se oyen voces
en las calles rotas
y voces que les responden
en las plazas desocupadas.
La niebla se vislumbra en el café.

Tiene algo de ballena
cuando brama contra los cerros.
De un galeón fantasma
que partirá sobre las cumbres
cuando suba la marea.

Abajo la ciudad, arrojada con todas
sus luces en un cruce de huesos

y de estrellas. Tenía razón el que decía,
“no pierda el tiempo descubriendo
su ciudad, hay que inventarla primero”.

EL OTRO

Pasa un hombre
el niño
que fue
lo mira
con rabia.

§

María Paz Guerrero

Bogotá, 1982. Es autora del poemario *Dios también es una perra* (Cajón de Sastre, 2018), de la selección y prólogo de *La Generación sin Nombre. Una antología* (Universidad Central, 2019) y del ensayo: "El dolor de estar vivo en Los poemas póstumos de César Vallejo" (Universidad de la Andes, 2006). Sus poemas aparecen en las antologías *Pájaros de sombra* (Vaso Roto, 2019) y *Moradas interiores. Cuatro poetas colombianas* (Universidad Javeriana, colección de poesía, 2016). En Septiembre de 2020 aparecerá su poemario *Los analfabetas* con la Jaula publicaciones.

chupa con el moco de su trompa
la calavera
le quita el barro los gusanos la maleza
se demora
sus crías van a pasar hambre
mientras lava el esqueleto

los huesos serán masticados
por el tiempo
molidos por el aire
hasta desaparecer
las partículas se disolverán
limpias
en el desierto

Algo ondeaba
algo babeaba, se arrastraba en la alfombra de la casa
algo sudaba en la cama de madrugada
algo corría y se caía y se raspaba la rodilla
algo se bajaba los pantalones
algo se acostaba en el pasto y se restregaba en la tierra
algo orinaba en la mitad de la calle
algo dejaba al canchoso suelto, en un potrero
algo miraba al perro y no sentía ternura
algo aprendía a no querer
algo corría hasta quedar muerto

algo volaba papalotes en el aire hirviente de Comala
algo conocía la sed en un libro
algo tomaba vasos eternos de agua

*

Los campesinos todavía desayunan arena,
almuerzan cascajo
y comen piedras asadas.

Sale al bosque a desenterrar raíces
llena el tiempo de huecos
y mete el escaso cuerpo
en uno de ellos

Cubre su esqueleto del viento
para que la corriente
no roce su superficie de erizo

Se rompería en añicos el aire
al contacto con las puntas

No busca hacerse cortaduras en la cara
ni beber licores fuertes
mucho menos ser vidente

Ya tiene ojos rasgados, piel amarilla
y se pone a ser india
en la mitad del día

De *Los analfabetas.*

Este
sexto dossier de
la revista IMÁN, *de la*
Asociación Aragonesa de Escritores,
se terminó de componer en Pueyo de Marguillén
el 5 de junio de 2020, Día
Mundial del Medio
Ambiente.

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

P. 19. Yessica Chiquillo Vilardi. Fotografía de Natalia Torres Di-bello.
P. 43. Juan Manuel Roca. Fotografía de Carlos María Lema.
P. 51. Ramón Cote Baraibar. Fotografía de Joaquín Puga.
P. 67. Gonzalo Márquez Cristo. Fotografía de Sergio Trujillo.
P. 71. Luz Mary Giraldo. Fotografía de Marcela Sánchez.
P. 83. Santiago Espinosa. Fotografía de Joaquín Puga.

ASOCIACIÓN ARAGONESA
DE ESCRITORES